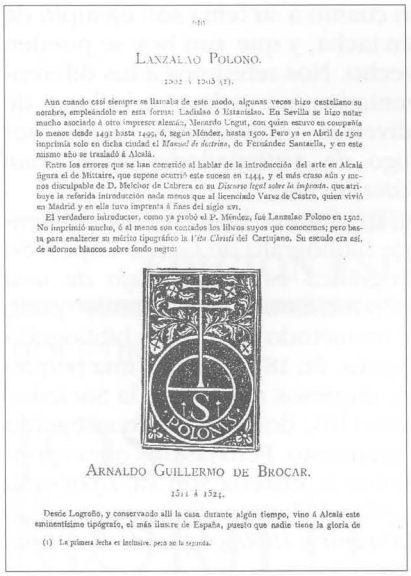


LANZALAO POLONO.

1502 á 1513 (1).

Aun cuando casi siempre se llamaba de este modo, algunas veces hizo castellano su nombre, empleándolo en esta forma: Lasdaiao ó Estanislao. En Sevilla se hizo notar mucho asociado á otro impresor alemán, Meoardo Ungut, con quien estuvo en compañía lo menos desde 1492 hasta 1499, ó, según Méndez, hasta 1500. Pero ya en Abril de 1502 imprimía solo en dicha ciudad el *Manual de técnica*, de Fernández Santaella, y en este mismo año se trasladó á Alcalá.

Entre los errores que se han cometido al hablar de la introducción del arte en Alcalá figura el de Mittaire, que supone ocurrió este suceso en 1444, y el más craso aún y menos disculpable de D. Melchor de Cabrera en su *Discurso legal sobre la imprenta*, que atribuye la referida introducción nada menos que al licenciado Varez de Castro, quien vivió en Madrid y en ella tuvo imprenta á fines del siglo XVI.

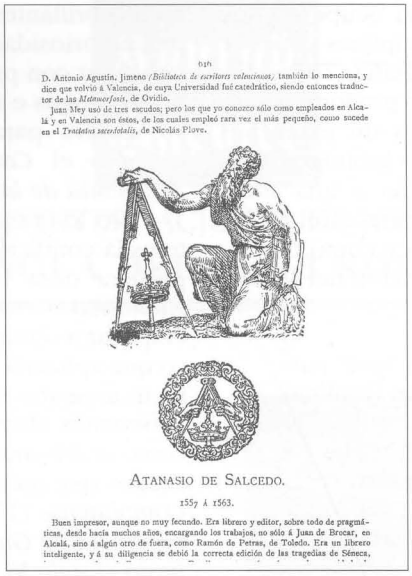
El verdadero introductor, como ya probó el P. Méndez, fué Lanzalao Polono en 1502. No imprimió mucho, ó al menos son contados los libros suyos que conocemos; pero basta para enaltecer su mérito tipográfico la *Vita Christi* del Cartujano. Su escudo era así, de adornos blancos sobre fondo negro:

ARNALDO GUILLERMO DE BROCAR.

1511 á 1524.

Desde Logroño, y conservando allí la casa durante algún tiempo, vino á Alcalá este eminentísimo tipógrafo, el más ilustre de España, puesto que nadie tiene la gloria de

(1) La primera fecha es inclusive, pero no la segunda.



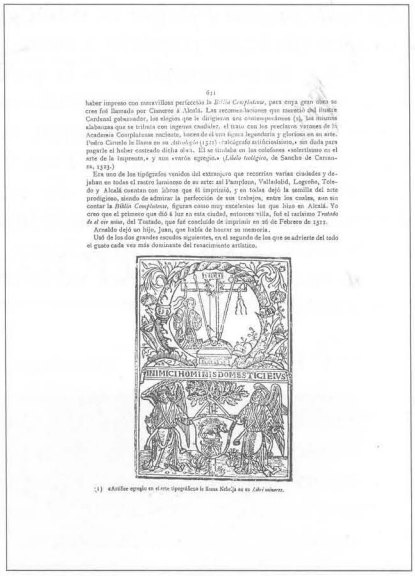
D. Antonio Agustín, Jimeno (*Bibliotecas de escritores valencianos*), también lo menciona, y dice que volvió á Valencia, de cuya Universidad fué catedrático, siendo entonces traductor de las *Metamorfosis*, de Ovidio.

Juan Mey usó de tres escudos; pero los que yo conozco sólo como empleados en Alcalá y en Valencia son éstos, de los cuales empleó rara vez el más pequeño, como sucede en el *Tratadito sacerdotalis*, de Nicolás Flove.

ATANASIO DE SALCEDO.

1557 á 1563.

Buen impresor, aunque no muy fecundo. Era librero y editor, sobre todo de pragmáticas, desde hacía muchos años, encargando los trabajos, no sólo á Juan de Brocar, en Alcalá, sino á algún otro de fuera, como Ramón de Petras, de Toledo. Era un librero inteligente, y á su diligencia se debió la correcta edición de las tragedias de Séneca,



haber impreso con maravillosa perfección la *Biblia Complutense*, para cuya gran obra se cree fué llamado por Cisneros á Alcalá. Las recomendaciones que recomió del ilustre Cardenal gobernador, los elogios que le dirigieron sus contemporáneos (3), las muestras elaboradas que se tributan con ingenua caudaler, el trato con los preclaros varones de la Academia Complutense reciente, hacen de él una figura legendaria y gloriosa en su arte. Pedro Corrale le llama en su *Abrahejo* (1526) «calígrafo artificiosísimo,» sin duda para pagarle el haber contestado dicha obra. El se tituló en los catalanes «entretismo en el arte de la imprenta,» y sus «varios egregios» (*Libelo teológico*, de Sancho de Carranza, 1543.)

Era uno de los tipógrafos vendos del extranjero que recorrían varias ciudades y dejaban en todas el rastro luminoso de su arte: así Pamplona, Valladolid, Logroño, Toledo y Alcalá cuentan con libros que él imprimió, y en todas dejó la semilla del arte prodigioso, siendo de admirar la perfección de sus trabajos, entre los cuales, aun sin contar la *Biblia Complutense*, figuran casos muy excelentes los que hizo en Alcalá. Yo creo que el primero que dió á luz en esta ciudad, entonces villa, fué el cuadrado *Tratado de el ave* ave, del Tostado, que fué concluído de imprimir en 26 de Febrero de 1512.

Arnaldo dejó un hijo, Juan, que había de honrar su memoria.

Usó de los dos grandes escudos siguientes, en el segundo de los que se adivierte del todo el gusto cada vez más dominante del renacimiento artístico.

(3) «Admíralo egregio en el arte tipográfica la Reina Reloja en su *Libro* [illegible]»

Los bibliófilos y la bibliografía hispánica

Juan Catalina García López

ENTRE los diversos géneros literarios, suele aceptarse que los hay más o menos adecuados según el fin previo que se persiga. Así, sucede que la poesía puede expresar lo que no puede decir el ensayo, y que la literatura erudita tiende a un modelo de exposición alejado de la narración novelada. Pero esto es mera teoría literaria, y en muchos casos, en los textos de un autor encontramos una mezcla de géneros y de fines literarios. Es el caso de la larga lista de publicaciones de Juan Catalina García López, bibliógrafo y erudito que mediante sus investigaciones rindió un homenaje sentimental a su tierra de origen, Guadalajara, y especialmente la Alcarria. Para recuperar su perfil biográfico, podríamos recurrir a la semblanza que a modo de prólogo (1) redactó José de Liñán y Eguizabal para *Vuelos arqueológicos* de García López. En ella encontramos algunos detalles que obviamente no pudieron ser incluidos en la reseña biográfica que Ruiz Cabriada sintetizó en su *Biobibliografía del cuerpo facultativo de archiveros (2)*.

Juan Catalina García López nació en Salmerón, provincia de Guadalajara, el 24 de noviembre de 1845. Comenzó su formación en el Instituto de Guadalajara y se licenció en la Universidad Central de Madrid, en las carreras de Filosofía y Derecho. Uno de sus primeros cargos le fue encomendado en la Sociedad Económica Matritense, donde a instancias de su catedrático, Juan Tró, obtuvo un empleo y donde finalmente terminó sucediendo a su mentor en el cargo de secretario (3). Obtuvo también el título de aptitud en la Escuela Superior de Diplomática, cuya cátedra de Arqueología y Ordenación de Museos desempeñó por Real Orden de 13 de Mayo de 1885. Por esa misma época pasó a formar parte del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios, donde llegaría a ser director del Museo Arqueológico Nacional, a la vez que fue pensionado por el Ministerio de Fomento para visitar los museos de Francia, Bélgica, Suiza e Italia. Ingresó en la Real Academia de la Historia en 1884, ocupando la vacante de Vicente la Fuente, siendo contestado en su discurso de ingreso por Juan de Dios de la Rada y Delgado. Al cabo del tiempo desempeñó el cargo de anticuario y secretario perpetuo, sucediendo a Juan Facundo Riaño y Cesáreo Fernández Duro, respectivamente. Murió siendo catedrático de Numismática y Epigrafía en la Universidad Central.

Este interesante itinerario profesional estuvo apoyado aun en múltiples reconocimientos en atención a su valía: Senador del Reino en varias ocasiones, ostentaba la Gran Cruz de Isabel la Católica, Consejero de Instrucción Pública, Delegado General de la Exposición Histórico-Europea del año 1892 para la conmemoración del centenario del descubrimiento de América, y por último vocal del Consejo Superior Penitenciario. Sin embargo, su brillante itinerario profesional no acompañó a su vida personal, dado que una serie de enfermedades que afectaron a su familia terminaron por influir en su precaria salud, terminando por empeñar sus bienes en médicos. *A pesar de la especial Providencia, que le favoreció, y a la que se mostrara reconocido, y de lo arreglado de sus costumbres, no ha sido una excepción de la triste común regla, tratándose de sabios, singularmente literatos, y ha muerto pobre (4).* Murió el 18 de Enero de 1911, y por la relación que Liñán hace en su efusiva semblanza, hemos de constatar que en sus funerales el público demostró el aprecio y estima en que le tenían sus discípulos y subordinados en los distintos puestos que ocupaba.

La afición a la bibliografía de García López tiene, por así decirlo, una condición ancilar. Si las inquietudes intelectuales de nuestro autor eran predominantemente históricas, no es de extrañar *(Sigue en página 20)*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Noticias Bibliográficas. 5/2001.